X

Entremos nosotros en la casa del maestro dos horas antes que Pedro, esto es, á las ocho de la mañana de un domingo, y pasemos á un bonito cenador del jardinillo formado por humildes cañas y sencilla hiedra, pero lleno de frescura y de encanto.

Allí, sentados bajo un tilo muy frondoso, y hablando, se hallaban el maestro y Mariana.

—He pedido á usted el favor de que me oyera, señorita—dijo el maestro—porque antes de pedir su mano á sus padres es deber mío explicarle un misterio que sin duda habrá extrañado; me refiero al retrato de la duquesa de Miranda que conservo en mi poder.

Mariana calló; mucho deseaba aquella confidencia, pero jamás se hubiera atrevido á solicitarla, aunque, á decir verdad, tampoco sin obtenerla se hubiera casado jamás con el maestro. Éste continuó así:

—Escuche usted la historia de mi juventud, que

será triste, pero breve, pues yo soy uno de esos seres comunes que ni han salido nunca de los límites de la vida regular, ni lo han deseado tampoco.

Mi padre, rico propietario, perdió todos sus bienes en un pleito ruinoso, siendo yo y tres hermanos más bastante pequeños; entonces, para atender á nuestra educación, solicitó y obtuvo un destino del Gobierno, honroso y lucrativo.

Yo crecí y estudié leyes; era bueno, sencillo y afectuoso, y á la edad de veintidós años me enamoré locamente de una hermosa joven de diecisiete, hija de un amigo de mi padre y que acababa de llegar del convento en que se había educado.

Era Clementina, y á aquella edad nada podía compararse con ella; confié á mi padre el cariño que la profesaba, y éste se lo confió á su vez al padre de Clementina; pero aquel anciano, que era prudente y grave, contestó que mi carrera tardaría aún bastante tiempo en concluirse, que así su hija como yo éramos todavía muy jóvenes, y que creía una locura el que ni uno ni otro nos ligáramos entonces con ninguna promesa.

Mi padre me repitió estas palabras; pero yo pinté á Clementina mi amor y ella me escuchó con

esa complacencia con que oyen todas las jóvenes la primera declaración de esta clase.

El padre de Clementina era lo que había sido el mío, un honrado propietario de la clase media, pero cuya fortuna no sufragaba más que para educar á sus hijos con esmero.

De repente entró la desgracia en mi casa; murieron mis hermanos uno tras otro, y perdió mi padre su destino; deseoso de distraerle, salí con él de Madrid y vine á esta aldea, donde vivía entonces un honrado matrimonio, antiguos colonos de nuestra hacienda.

Cuando volví ya se había casado Clementina con el duque de Miranda. Furioso acusé á su padre y á ella de avaricia, pero aquél me respondió con firmeza:

—Amigo mío, mi hija amaba á usted como á un hermano, pero nada más; si le dijo otra cosa la engañó su corazón, porque ella es incapaz de mentir; por el contrario, amaba al duque apasionadamente desde el instante en que le conoció, y nada hemos hallado su madre y yo que oponer á su casamiento; lo que sí suplico á usted ahora es que evite el ver á mi hija, y, sobre todo, que se abstenga de darle quejas, pues sería una mala acción

el amargar su dicha ó alterar la paz de su matrimonio.

Estas palabras, lejos de calmar la pena que me devoraba, la aumentaron mucho; en cuanto á volver á ver á Clementina, no pensaba en eso; lo que creí más que nunca fué que la pobreza era el obstáculo que me había separado de la mujer que amaba, y aun hoy no he perdido esta cruel persuasión, aunque el amor hacia ella se haya convertido sólo en un dulce y triste recuerdo.

—¡Ah, debe usted, pues, desecharla!—exclamó Mariana; todos elogian las virtudes, la generosidad de la duquesa; quizá fué solo el amor quien la hizo unirse al duque.

—Podrá ser—repuso el maestro oyendo tranquilamente aquella seguridad, prueba inequívoca de que el amor á la duquesa se había extinguido en su corazón;—pero yo así lo he creído siempre; no obstante, como mis sentimientos son buenos y tengo bien arraigadas mis creencias religiosas, lejos de odiar la pobreza la profesé desde entonces una secreta y misteriosa simpatía; todos los pobres me interesaban, porque los creía no tan desgraciados como yo, pero sí infelices; mi padre mismo era pobre también; pero soportaba su escasez con tanta resig-

nación y aun con tanta alegría; veía á mi madre tan conforme con la voluntad de Dios, y me parecía tan hermosa esta campiña, que pronto se cambió en melancolía la amargura de mi pena.

Entonces me propuse una obligación: la de *enseñar al que no sabe;* al menos, me decía, la religión y la conformidad les hará más soportable la miseria, y esto que me ha servido á mí, quiero enseñárselo á ellos.

Obtuve sin dificultad un título de maestro y abandoné mi carrera para retirarme aquí; poco después de llegar quedó ciega mi pobre madre, y yo me dediqué á endulzar en lo posible sus últimos años y hacer todo el bien posible.

Conservé el retrato de Clementina, que yo mismo pinté; hoy, Mariana, se lo ofrezco á usted como la prueba más eficaz de mi amor.

Hace algunos meses llegaron aquí el duque y su familia; pero enferma la duquesa, ocupado su esposo en las mejoras de su casa y yo con los deberes de mi profesión, no los había visto; tampoco podía saber su estancia aquí, por cuanto estos buenos campesinos ignoran el nombre de su título; yo no conocía personalmente al duque, así es que cuando me llamó á su quinta le hablé como á un

desconocido; el primer rayo de luz fué para mí la vista de Gabriela, tan parecida en el rostro á su madre.

—¿Y aquel ramo de azucenas marchitas que hay bajo el retrato de la duquesa?—preguntó Mariana.

—Es el único dón de Clementina que conservo—respondió el maestro;—pero, querida Mariana, si consiente usted en partir mi soledad, el cuidado de mis padres y la santa misión de hacer bien *enseñando al que no sabe*, otra rama de azucena, pura y fresca, simbolizará nuestra mutua promesa de amarnos para siempre.

Hablando así se dirigió el maestro á una frondosa mata de azucenas que había á algunos pasos del cenador y que imperaba como reina en medio de un cuadro de claveles, y cortó una hermosa rama cargada de flores y semejante á las que ostentan entre sus manos las imágenes de las santas vírgenes que ya disfrutan de la eterna bienaventuranza.

Luégo, y llevándola aún en la mano, presentó su brazo á Mariana y la condujo á la habitación de sus padres.

Hallábanse en ella los dos ancianos esperando sin duda á su hijo y á Mariana.

—Padre mío—dijo el maestro—quisiera que

usted me trajese el cuadro que hay en mi cuarto cubierto con un crespón, y la rama marchita de azucenas que hay debajo.

Don Matías salió llevando en los labios una sonrisa de inteligencia y satisfacción, y poco tardó en volver con los dos objetos que su hijo le había indicado.

—Mariana—dijo el maestro señalando la rama seca que tenía su padre en la mano—esas flores son la imagen de mi amor primero que vivió sin savia y sin aromas y murió sin perfumes; éstas—prosiguió mostrando las que tenía en la mano—son la imagen del que profeso á usted, que será el último y el más fuerte y verdadero.

A la edad en que yo pensé amar se engaña fácilmente el corazón; á la que hoy tenemos los dos ve la realidad despojada de las sombras de la ilusión. Recoja usted de las manos de mi padre esos dos recuerdos tristes de mi vida pasada, y acepte de las mías estas flores que la ofrezco como una promesa de eterna fe.

Mariana, ruborizada, tomó las azucenas, y luégo el retrato y la rama seca que el anciano la presentaba, y huyo con todo á la soledad de su cuarto.

Entonces los dos ancianos extendieron sus diestras hacia el maestro y exclamaron con efusión:

—¡Oh, hijo mío! ¡A Dios gracias te veremos aún feliz antes de morir!

El maestro iba á responder, pero se lo impidió Pedro, que apareció en la puerta gritando:

—¡Venga usted, señor maestro; venga usted, por Dios! ¡La señorita Gabriela se muere, se muere!

El maestro tomó su sombrero y siguió á Pedro á la quinta.

En breve llegaron á ella, y el fiel criado condujo á D. José á la alcoba donde Gabriela deliraba presa de una fiebre violenta, y donde Alfredo lloraba con el mayor desconsuelo.

El maestro, haciendo uso de una gran fuerza de carácter, se puso al frente de la casa, transmitió las órdenes del médico é hizo que á su vista fuesen ejecutadas.

Poco después, y á beneficio de fuertes medicamentos, Gabriela descansaba más tranquila, y un sueño apacible reemplazó al letargo de la fiebre.

Entonces salió el doctor por un instante y el maestro llevó á Alfredo fuera del dormitorio.

—Hijo mío—le dijo—usted ha procedido desde ayer muy mal, y yo debo decírselo, porque es una obra de misericordia *enseñar al que no sabe.*

Alfredo, abatido por lo que había sufrido, moderó su natural altivez y bajó la cabeza humildemente al oir las graves palabras del maestro.

—Puedo dar á usted el nombre de hijo, querido niño—prosiguió aquél—por mi edad y también por mi amarga experiencia de las cosas y del mundo, y créame usted, lo que ha hecho no es justo; la señorita elegida por su señor padre para aya de su hermana es una persona de esmerada educación, de carácter noble y delicado.

—Me faltó al respeto—murmuró Alfredo.

—A eso nos exponemos cuando tenemos exigencias ridículas, hijo mío; debemos guardar consideraciones á todos si deseamos que nos sean guardadas á nosotros por los demás; hasta el más ínfimo criado tiene su dignidad, y el que se olvida de ella y sufre paciente las injurias, es un sér despreciable y desgraciado.

—¡Ah! ¡Si he sido culpable lo he expiado bien cruelmente!—murmuró Alfredo.—¡Si usted supiera cuánto he sufrido!

—Lo sé, ó al menos me lo figuro, pobre niño; la consecuencia de nuestras injusticias son los disgustos, y al menos por egoísmo debemos ser templados en nuestras palabras y generosos en nuestras decisiones; es, además, muy verdadero aquel refrán que dice: *Más se saca con miel que con hiel*, porque todos nos doblegamos antes y con menos dificultad á la dulzura que al rigor.

A no ser por Pedro, por ese fiel criado á quien usted también despidió, yo no hubiera sabido la indisposición de su hermanita, que tal vez se hubiera muerto.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tiemblo sólo de pensarlo, cuán mal hice en tratar tan mal á la pobre Mariana!

—Muy mal, y es muy recomendable que usted lo reconozca así; fué un arrebato y siempre se deben huir las decisiones dictadas por la ira y el orgullo.

—Pero, caballero, si yo tengo orgullo, el aya de mi hermana no tiene menos—repuso Alfredo con amargura.—¿Por qué no ha venido cuando ha sabido que se hallaba enferma?

—Ignora que lo esté, pues á saberlo hubiera volado á su cabecera; lo que sí puedo asegurar á usted que volvió al cuarto de hora de haber salido y que no la abrieron los criados.

—¡Cómo! ¿Es posible?

—Muy posible. Mariana era la única que podía

gobernar esta casa con acierto y firmeza, y los criados, imitando el ejemplo de usted, rehusaron recibirla de nuevo; amigo mío, los criados son casi siempre lo que son sus amos: cuando está el señor duque, modestos, atentos y serviciales; con usted han sido groseros y desvergonzados.

—¿De modo, que si usted no hubiera venido...?

—No sé lo que hubiera sucedido, pobre niño; mas por fortuna Pedro vino á buscarme y ya puede usted tranquilizarse.

—¡Oh, Dios mío! Mil gracias, caballero; yo no sabría qué hacer... ¡Anoche... anoche... yo no sé lo que me pasó! Bebí un poco de vino y...

—Y se embriagó usted como el último de sus lacayos; lo sé.

—Pues bien, es cierto; no quiero ocultar á usted nada; creo me embriagué.

— Yo estoy seguro de ello, hijo mío: nada es más dolorosamente repugnante que el trocar el candor de la dichosa edad en que usted se halla por los vicios de los hombres que valen poco, y digo que valen poco, porque casi todos los hombres ilustres en ciencias y artes han sido sobrios.

—¡Ah! ¿De veras?—exclamó Alfredo, en quien

ardía el deseo de gloria y la noble emulación del saber.

—Sí, de veras; los grandes genios han sido siempre bondadosos. Mirabeau, tan terrible, tan enérgico, á veces tan cáustico é irascible en la tribuna, era dulce y prudente en su trato íntimo, era todo corazón y ternura para los que amaba. Bossuet, el gran orador sagrado, era piadoso y caritativo, tierno y amable en demasía. Byron era generoso y humanitario para sus criados, y una vez que su ayuda de cámara se desconcertó una pierna le veló trece noches seguidas y le colocaba por su mano todos los medicamentos. Nuestro gran Carlos V reprendía con dulzura á sus pajes, y á fuerza de paternales amonestaciones le quitó el vicio de jugar á uno de sus jóvenes oficiales, pagándole repetidas veces todas sus deudas. Velázquez enseñaba á sus discípulos por medio de la dulzura, se informaba de sus necesidades y socorría á los más pobres; en fin, Cicerón se constituyó en guía de su nodriza, que se había quedado ciega después de grandes padecimientos á la vista.

—¡Oh, qué hermosas palabras me dice usted, caballero!—exclamó el niño, cuyas mejillas estaban animadas por un sonrosado colorido, y cuyos

bellos ojos chispeaban con el fuego del entusiasmo.—¡Yo no sabía nada de eso! Pensaba, porque mi educación de marino me separó muy pronto del lado de mis padres, que lo noble é ilustre de la cuna se manifiesta en la arrogancia del lenguaje, en la altivez de la actitud. ¡Ah, gracias, gracias por haberme enseñado que se puede ser grande y bueno á la vez!

—No hay verdadera grandeza sin virtud, querido niño; el talento, ó más bien el genio, ese destello de la divinidad, emana del mismo Dios, y el sabio y justo Padre, autor de todo cuanto existe, no puede enviarlo más que á los buenos.

—¡Dios mío! ¿Cómo haríamos para que Mariana volviese?—exclamó Alfredo que hacía rato parecía atormentado por un pensamiento fijo.

—Yo la iré á buscar, y volverá.

—¡Oh, no, no! ¡No se separe usted de mí! De orgulloso que era me he vuelto medroso, y tiemblo por mi pobre hermana!

—Ahora está usted en su estado natural. La niñez es tímida y este es uno de sus mayores encantos; no hay necesidad de que yo salga de aquí para que Mariana vuelva, pues bastará con que usted la envíe dos letras con un criado.

—Voy ahora mismo á escribirla—dijo el niño gozoso;—pero en el instante de ir á sentarse á la mesa, oyó el sordo rumor de un coche lejano, pero que se aproximaba rápidamente.

Alfredo soltó la pluma y palideció á la idea de si llegaría allí su padre viudo ó acompañado de su madre, y se apoyó en una silla; pero casi en el mismo instante entró Pedro muy gozoso y dijo:

—El señor duque y la señora duquesa van á entrar en el patio.

Alfredo dejó escapar un grito de alegría y bajó corriendo la escalera; de la silla de posta había ya bajado el duque y daba la mano á su esposa, que se apeaba, pálida aún y débil, pero visiblemente restablecida, y que le recibía en sus brazos con toda la efusión del maternal cariño.

XI

El maestro miró á Clementina sin ninguna expresión de pena. El amor de Mariana había arrancado hasta las raíces de aquel otro amor que por tantos años había ocupado exclusivamente su co-

razón, ora con su existencia, ora con su recuerdo.

Cuando la duquesa descansó un instante de las caricias que prodigaba á su hijo, tendió en derredor suyo una alegre mirada y vió al maestro que, en pie delante de ella, hablaba con el duque.

—¡Qué es esto que veo!—exclamó con la expresión del asombro.—¡Amigo mío, usted aquí!

—Hace doce años que habito en el país, señora—respondió el maestro aproximándose.

—¡Cómo! ¿Le conocías?—preguntó el duque.

—Sí—respondió Clementina.—Le conocí antes que á ti, por ser hijo de un antiguo amigo de mi padre; pero—prosiguió la duquesa que parecía dominada por una idea fija—¿y Gabriela y su aya? ¿Cómo no están aquí ya? ¿No quieren verme?

—La señorita Gabriela se halla algo indispuesta—repuso el maestro;—su aya ha ido á preguntar á mi madre el modo de usar cierta hierba que conoce muy eficaz para cortar la fiebre.

—¡Oh, Dios mío, mi hija enferma!—exclamó dolorosamente la duquesa.—¡Mi hija enferma, y yo nada sabía!

Y, sin esperar á oir nada más, subió apresuradamente la escalera, dando muestras de un vigor que no se hubiera sospechado en ella.

El maestro se volvió á Pedro y le dijo en voz baja, en tanto que el duque se entretenía con su hijo:

—Vaya usted al instante á mi casa y suplique á la señorita Mariana que venga al momento.

—Voy ahora mismo.

—Y encargue usted á sus compañeros que guarden el más profundo secreto acerca de su salida de aquí, pues no hay necesidad de revelar al señor duque el pasajero extravío de ese pobre niño.

—Nada dirán.

Pedro salió presuroso sin decir nada más, y bien pronto se halló en la casa del maestro.

Cuando llegó, Mariana estaba en el patio disponiendo el altar para la fiesta de la Virgen, que debía tener lugar en la tarde del día siguiente.

El patio ofrecía ya el aspecto de una linda y espaciosa sala, pues se habían colocado en él algunas sillas, alquiladas en la ciudad vecina, y el venerable sofá de la habitación de los ancianos padres del maestro.

La mesita altar estaba cubierta por un primoroso mantel bordado y guarnecido de encaje; delante de la sagrada imagen había algunos jarros que sostenían hermosos ramos de rosas, azucenas y cla-

veles cortados y arreglados por la diestra mano de Mariana.

Dos candelabros de modesto bronce oscuro sostenían ocho bujías, cuyas arandelas eran de flores artificiales, y multitud de macetas abrían en derredor de las paredes del patio, y alternadas con las sillas, sus delicados cálices, de los cuales se exhalaban exquisitos y suaves perfumes.

El manucordio había sido colocado en un ángulo del patio y dando frente al altar, y además había un órgano pequeño que el maestro debía tocar.

Pedro transmitió á Mariana las palabras de éste participándole la llegada de sus señores, y ella le siguió presurosa.

La duquesa, que aun se hallaba sentada junto al lecho de su hija, la recibió con el afecto y distinción que merecían las bellas cualidades de la joven, y la pidió mil perdones para su hijo, pues Gabriela, que no estaba advertida de que debía guardar silencio, lo había referido todo á su madre.

Gabriela pudo ya vestirse aquella tarde y su madre la prometió que al día siguiente iría en carruaje á la fiesta de la Virgen.

La niña se sentía ya feliz y restablecida entre los dos tiernos y solícitos amores que la rodeaban,

los de aquellas dos hermosas mujeres, de las cuales la una era su madre y la otra la quería como una tierna amiga.

Al día siguiente Gabriela, vestida de blanco, fué á casa del maestro á las siete de la tarde, acompañada de sus padres, de su aya y de su hermano; ya esperaban todos los niños y niñas, que así que entraron se agruparon entre el manucordio y el órgano.

La duquesa y Mariana se sentaron en el venerable sofá, junto á los ancianos padres del maestro, mientras Gabriela se reunía á las niñas y miraba llena de admiración la figura de la Virgen, rodeada de azucenas, como símbolo de pureza.

La misma Gabriela tenía en la mano un gran ramo de estas hermosas flores.

Los alumnos de ambos sexos entonaron un coro lleno de dulzura y de melodía, que acompañó Mariana en el manucordio y el maestro en el órgano; luégo se adelantó Gabriela y puso su ramo á los piés de la Virgen, al compás de una música dulce, y cada una de las niñas hizo lo mismo con el suyo, acabándose la fiesta con algunos versos que recitaron *Botón de oro* y los demás niños.

. . . . . .

Un mes después se casaron el maestro y Mariana, siendo los duques padrinos de la boda; la novia, dotada por aquéllos con seis mil duros, estaba maravillosamente bella é interesante con su sencillo vestido de muselina blanca y su cinturón azul.

—Amigos míos—les dijo el duque—no propongo á ustedes que vengan á vivir con nosotros, aunque ese sería mi mayor deseo y el de mi esposa; sé que ni consentirán en abandonar á sus padres ni su santa misión de *enseñar al que no sabe;* pero lo que sí les pido es que no dejen jamás de dirigir el corazón y la educación moral y cristiana de mis hijos. Alfredo no volverá ya al mar, porque su madre se opone, y conozco tiene razón, siendo nuestro solo hijo y único heredero. ¡Ojalá que aprenda de ustedes la suavidad de carácter que tanto necesita y la conformidad religiosa en las contrariedades de la vida!

Mariana guardó en una rica caja el retrato de la duquesa, cubierto aún con su crespón, enterró la rama de azucenas marchitas y ató á los piés de la Virgen la que era símbolo de su amor con un lazo color de rosa, como su porvenir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO